
Stephen D. King: “When the money runs out. The end of Western affluence”

Yale University Press, New Haven y Londres, 2013, 287 páginas

José M. Domínguez Martínez

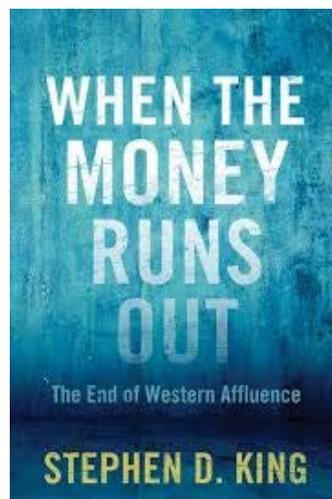
No, no se trata del prolífico autor de superventas que, con su larga lista de relatos de terror, ha encogido los corazones de millones de lectores en todo el mundo. Stephen D. King es un economista con amplia experiencia en el sector financiero y colaborador de diarios como *Financial Times* y *The Times*. “When the money runs out” (“Cuando el dinero se agote”) es una obra realista sobre la economía actual, pero, precisamente por ello, crea algo más que una inquietud al lector y, lo que es peor, para eludirlo no basta, como ocurre con los libros del escritor homónimo, con cerrar sus páginas.

Tampoco S. D. King sigue las técnicas de las novelas de intriga, no recurre a una dosificación de efectos para alcanzar el clímax literario. Desde la puesta en escena, impacta de manera descarnada y aplica su análisis sin ningún tipo de filtros preparatorios. Su tesis fundamental es que, en los países occidentales, hemos vivido claramente por encima de nuestras posibilidades y efectuado un amplio conjunto de promesas que no estamos en condiciones de poder cumplir. Según King, somos esclavos de una ideología que ingenuamente profesa la idea del progreso automático.

La situación vivida en los últimos años pone de manifiesto que el crecimiento económico no está garantizado. Ni aún con la puesta en marcha de inusitadas medidas económicas logra reactivarse la maquinaria económica ni se recupera la senda de crecimiento estable necesaria para poder atender los compromisos contraídos. No atravesamos un simple bache coyuntural, sino que nos enfrentamos a problemas de otra naturaleza, estructurales, que demandan otro tipo de terapia. Definitivamente, no se trata de una obra confortable para los políticos, tampoco para las corrientes de economistas enfrentados respecto al remedio a aplicar (expansión o austeridad) y ni siquiera para los ciudadanos, a quienes se recuerda las crecientes dificultades para cubrir las prestaciones sociales y los servicios públicos, dificultades que desafían las solemnes declaraciones de los textos constitucionales o legales.

Comienza King su relato haciendo hincapié en que no estamos viviendo un período ordinario de revés económico. Hasta ahora, incluso en las recesiones más profundas, existía siempre la esperanza de que habría una recuperación subsiguiente. Pese a la

batería de medidas de estímulo, las tasas de crecimiento de antaño quedan muy lejos. Occidente parece estar sufriendo un deterioro estructural en su actuación económica. Según King, los economistas, los políticos y los medios de comunicación insisten erróneamente en analizar el problema en términos cíclicos desfasados, principalmente a través del estéril debate entre el estímulo y la austeridad. Cada grupo piensa que la visión opuesta es incorrecta. ¿Pero qué pasaría, se plantea King, si resulta que las dos visiones son erróneas?



Ambos enfoques son prisioneros del sesgo del optimismo, que encubre la situación real de unas sociedades que no están preparadas para un mundo con un crecimiento económico muy bajo. Es el apego a la idea de un progreso continuado, derivada de la Ilustración, lo que impide apreciar que la prosperidad no es algo que esté garantizado tendencialmente de forma automática. Sin crecimiento, vaticina, surgirán tensiones sociales y políticas, y se producirá una quiebra de la confianza. La ganancia de una persona es la pérdida de otra. Sin una adecuada comprensión del contexto histórico y político, la Economía puede llegar a ser algo irrelevante.

Para King, el progreso está grabado en nuestra psique colectiva, lo que nos lleva a una especie de creencia sacrosanta en la existencia de una senda de prosperidad inercial. Con esa mentalidad, la adversidad económica solo puede ser algo cíclico, coyuntural, a partir del convencimiento de que,

después de años de vacas flacas, vendrán inexorablemente otros de vacas gordas. Sin embargo, King apela a la experiencia histórica para rebatir esa convicción. Como en tantos otros textos recientes que analizan el destino económico de las sociedades, el caso de Argentina es objeto de análisis, confrontado con el de Alemania. Hace un siglo, ambos países tenían una situación similar en términos de renta per cápita, pero luego han seguido trayectorias bien diferentes. Según King, el país suramericano acabó el siglo XX con uno de los peores registros financieros de la historia. También la evolución de la economía nipona sirve al autor de libro para alertarnos de que no conviene dar por hecho una recuperación sostenida.

En definitiva, King considera que la idea de que el progreso de Occidente es algo inevitable queda desacreditada por una tozuda realidad en la que el crecimiento económico se ha frenado en seco, atenuado por una serie de problemas desde comienzos del presente siglo. Todos, directa o indirectamente, tenemos trozos de papel o confiamos en promesas políticas que proclaman derechos sobre la prosperidad económica futura. King se pregunta qué ocurrirá si tales derechos no pueden ser satisfechos.

El crecimiento económico es necesario, ya que, sin él, la sociedad corre peligro de fragmentación. En un estado progresivo, a diferencia del estado estacionario vislumbrado por Adam Smith, el crecimiento económico ofrece la posibilidad de que algunas personas sean más ricas sin que nadie tenga que ser más pobre. El estancamiento, en cambio, acaba por empujarnos a la ley de la jungla.

Además de asumir que hay una tendencia natural hacia la prosperidad, vivimos en una sociedad dominada por la cultura de la exigencia de derechos. Justamente algo que en su día quiso evitar uno de los artífices del Estado del bienestar, Beveridge, quien postulaba el otorgamiento de garantías mínimas pero con incentivos para que los individuos mejorasen en su posición personal. En la época del esplendor económico, según King, se introdujeron generosas políticas redistributivas hacia los más necesitados, bajo la hipótesis implícita de que podrían ser financiadas sin dificultad alguna. Hacerse devoto de la economía de la extrapolación adquiere connotaciones de creencia religiosa y conlleva importantes riesgos.

Para King, las políticas económicas orientadas a un objetivo de inflación y las de estímulo de corte keynesiano, en vez de impedir la crisis económica, han contribuido a la caída financiera de Occidente. Hay medidas económicas que pueden ser efectivas, pero, si se usan durante un período prolongado, lo único que logran es provocar un daño duradero. La política del “quantitative easing” aplicada por algunos bancos centrales ha desembocado en un claro

fracaso, contribuyendo a la activación de cuatro trampas: i) fiscal, al permitir elevar los saldos de la deuda pública; ii) del tipo de cambio, con un impacto oculto sobre la demanda interna; iii) de los “zombis”, al apoyar la supervivencia de empresas no eficientes; iv) regulatoria, al propiciar un tratamiento favorable de los títulos públicos. La ampliación de la compra a otros títulos además de los públicos lleva a convertir al BCE en el equivalente financiero de un planificador central. En este contexto, la existencia de unos tipos de interés persistentemente bajos es un signo del fracaso económico duradero, en vez de un presagio de éxito económico futuro.

Un recorrido por diversas experiencias históricas de crisis económica sirve también a King para ilustrar los límites a las medidas de estímulo. En el centro de las críticas se sitúa la controvertida figura de Krugman, a quien poco importa el punto de partida de cada país en cuanto a niveles de deuda pública y que piensa que no hay límites respecto a los beneficios que puede aportar el gasto público expansivo. Por el contrario, King considera que las oportunidades que existían en los años treinta del pasado siglo no se dan hoy día, toda vez que la expansión del déficit público ya ha ocurrido.

Llama luego la atención sobre el papel esencial de la confianza. Sin ella es difícil que pueda haber recuperación y, al propio tiempo, en ausencia de crecimiento es fácil ver cómo se evapora la confianza. Sin confianza, el crecimiento económico será escaso, y sin confianza ni crecimiento, la sociedad entrará en peligro de desintegración. Ya advirtió Tocqueville, recuerda King, que algunas sublevaciones populares se producen, no por las razones esgrimidas por Marx, sino por la decepción producida ante unas expectativas sobre la prosperidad no satisfechas. En la sociedad actual se han abierto ya tres importantes cismas: i) el de la desigualdad, particularmente preocupante cuando la sociedad no acepta los motivos que la generan; ii) el intergeneracional; iii) el de la desconfianza, que originan un repliegue de los flujos financieros internacionales. Para King, no estamos ante un debate entre estado y mercado, sino que la cuestión central es cómo podemos hallar una forma de vivir dentro de nuestras posibilidades habiendo hecho promesas a nosotros mismos que no podemos cumplir.

King reparte sus dardos tanto a los que defienden las medidas de estímulo como a los que abogan por la austeridad, y señala que no abordar los problemas desde su raíz lleva, según la experiencia, al populismo y al proteccionismo.

El penúltimo capítulo de la obra se detiene en un conjunto de distopías que podrían materializarse si no se adoptan medidas adecuadas. Las que él sugiere aparecen en el décimo y último capítulo:

-
1. Resolución de la dialéctica internacional/nacional, con una superación de la idea de que los acreedores son moralmente superiores a los deudores.
 2. Necesidad de constituir una unión fiscal para hacer frente a la crisis de la Eurozona.
 3. Mantenimiento de un compromiso de disminución del déficit público, salvo en años de contracción económica.
 4. Establecimiento de un nuevo contrato social entre generaciones.
 5. Fijación de un nuevo marco monetario, en el que se opte por señalar compromisos para la elevación del PIB nominal.
 6. Promoción de la movilidad del trabajo, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

7. Evitación de obtención de beneficios a corto plazo en la banca a costa de la estabilidad a largo plazo.
8. Fomento de la educación financiera entre los ciudadanos y cambio del enfoque de la docencia económica, con un mayor énfasis en la historia económica.
9. Reconocimiento de que no estamos ante un problema cíclico y actuación urgente sobre los problemas estructurales que amenazan el futuro económico de nuestros nietos.

Como queda patente incluso a través de la visión sintética aportada en estas líneas, para vivir un thriller en el terreno económico no hace falta apelar a la ficción. Escrita hace escasos años, el lado más preocupante de la obra de S. D. King es que, en dicho terreno, la realidad puede llegar a superar la ficción.

